



HOHENSTAUFEN

V

ÉPOCA DE LOS FEDERICOS



DESPIERTA el nombre de los Hohenstaufen eco tan alegre y solemne, que no puede ménos de evocar los más sublimes recuerdos para nuestro pueblo; pero este eco triunfal conviértese en lastimero y concluye en ronco grito de dolor. La historia de la dinastía de los Hohenstaufen es uno de los más trágicos actos del drama universal, tanto más cuanto que en los destinos de esta gran familia influyeron mucho sus propias faltas, cuya expiación cayó precisamente sobre la inocente cabeza del último de los Hohenstaufen, que en 29 de octubre de 1268 rodaba sobre el cadalso levantado en Nápoles. Los orígenes de la historia de los Hohenstaufen son oscuros: al presentarse por primera vez en escena, la familia habitaba una modesta casa señorial cerca de la aldea de Waeschenbeuren, en Suabia, y de esta aldea tomaron su nombre también los propietarios de la casa, con el apellido de los de Beuren ó Bueren.

No cabe duda que desde la antigüedad pertenecían á la nobleza del país, pero su afinidad con los Merovingios y Carlovingios de que más tarde se habla, sólo fué invencion de aduladores. El cambio de su residencia indica un aumento del dominio de la casa así como de autoridad. Federico de Bueren, cuyo nombre de pila fué asimismo el de dos de sus más célebres descendientes, abandonó á mediados del siglo XI el «Waescherschloessle», cerca de Waeschenbeuren, con su esposa Hildegarda, y marchó al Staufen ú Hohenstaufen, montaña de imponente aspecto que se eleva aislada entre los valles del Fils y del Rems; es la extrema eminencia de la montaña del Aalbuch, opuesto al Hohenrechberg y al Hohenstuifen. Desde su pico se puede ver, en la dirección sudoeste, la cima de los Alpes de Suabia, mientras que su parte nord-oriental mira hácia aquella pendiente de colinas del valle del Rems, donde está situado el convento de Lorch, panteon de los antiguos Hohenstaufen. Después que Federico hubo construido en dicha montaña el castillo de Staufen, los de Bueren tomaron el nombre de Stauffer, Staufen ú Hohenstaufen. Su primogénito, llamado igualmente Federico, fué la primera figura histórica de la familia; fiel compañero de Enrique IV en todos sus apuros y peligros, este emperador le dió por esposa su única hija Inés, juntamente con el ducado de Suabia. Cuando murió, en 1105, su hijo mayor, Federico, heredó este ducado; mientras que el menor, Conrado, recibió de su tío el emperador Enrique V el ducado de Franconia. Introducidos así en el círculo de la alta aristocracia del imperio, los Staufen, como consanguíneos de los Salios, tuvieron mejor derecho á la corona real alemana; pero los príncipes alemanes, deseosos siempre de evitar la consolidación del poder real en una monarquía hereditaria, rechazaron el derecho hereditario de los Staufen, eligiendo rey al sajón Lotario de Suepplingenburgo. El principal autor de esta elección fué el arzobispo Adalberto de Maguncia, partidario acérrimo de Roma y enemigo de los Staufen, por el mero hecho de ser nietos del penitente y del vengador de Canossa. El astuto prelado supo valerse por primera vez en esta elección de un sistema electoral, desarrollado, ó más bien convertido más tarde en el sistema de los príncipes electores, pues Adalberto consiguió que cada una de las cuatro tribus principales alemanas, es decir, las de Suabia, de Franconia, de Baviera y de Sajonia, designaran diez electores que á su vez debían elegir al rey. Esto fué una innovación importante, un paso gigantesco hácia la oligarquía, pues hasta entonces había estado en vigor, para las elecciones de rey, al ménos teóricamente, el derecho popular que ejercía la asamblea de los libres. Pero desde esta época, quedó establecido definitivamente que el derecho de elección correspondiese á un reducido número de magnates, eclesiásticos y seculares, número que, al estatuirse el derecho imperial de la Edad media, se rebajó á siete príncipes electores, los de Maguncia, Tréveris, Colonia, Palatinado, Sajonia, Bohemia y Brandeburgo, siendo los tres primeros eclesiásticos.

Después de la muerte de Lotario, la estrella de los Hohenstaufen comenzó á elevarse brillante y magnífica en los cielos de la historia. En la dieta de Coblenza, el duque Conrado fué elegido en 1138 rey de los alemanes, siendo el primero de la casa de Staufen. Después de esto, la rivalidad de la gran familia de los Güelfos, dueña de los ducados de Baviera y Sajonia, fué la que influyó principalmente durante largo tiempo en los destinos de Alemania, y la divisa de ambos partidos: «¡Aquí Waibling!» «¡Aquí Welf!», cruzando los enhiestos Alpes, llegó á Italia, donde los partidos adoptaron los nombres de Gibelinos y Güelfos.

La contienda se redujo en un principio á mera cuestion dinástica, es decir, á lucha de dos familias poderosas, de dos magnates que se disputaban la supremacía en Alemania; pero pronto se convirtió en encarnizada guerra. «¡Aquí Waibling!» significó entonces en rigor el poder del



EL EMPERADOR BARBAROJA

Estado y la union del imperio; «¡Aquí Welf!» indicaba el poder eclesiástico y el particularismo. No cabe duda sobre cuál de ambos gritos fué el más patriótico: el partido güelfo de Alemania, como aliado de Roma y enemigo mortal del país, conspiraba continuamente contra su patria, y nunca vacilaba en agitar la tea incendiaria de la guerra civil contra el imperio á la más leve indicacion del papa. Desgraciadamente para Alemania, el flaco de la política de los

Hohenstaufen permitia siempre á los güelfos obrar con entera libertad; este flaco consistia en que tambien los Staufen abrigaban la imprudente ilusion de un sacro imperio romano, en vez de erigir y consolidar el Estado nacional aleman; y tanto es así que llegaron á trasladar el centro de su poder á Italia, despues que Enrique, hijo de Barbaroja, hubo casado con la normanda Constanza y unido el reino de Nápoles y Sicilia con su casa. En la incansable lucha de la Iglesia contra el Estado, del clero contra la corona imperial, siempre ofrecia nuevas armas para la lucha la division de los Hohenstaufen entre Alemania é Italia; y el clero sabia tambien aprovecharse con suma habilidad de la segunda falta de la política de los Hohenstaufen, la marcada inclinacion á favorecer á la nobleza, que no podia comprender el fenómeno tan admirable, como civilizador, de la existencia de las repúblicas democráticas de la Italia superior y central.



PARTIDA DE CONRADO DE ZOLLERN

Al considerar sin embargo las cosas humanas deberíamos fijarnos siempre en el hecho de que los caracteres históricos deben examinarse y juzgarse por la medida de los respectivos tiempos, porque sólo algunos seres elegidos pueden adelantarse á lo presente, mientras que aún los hombres más importantes entre sus contemporáneos sólo giran en el círculo de las ideas que les rodean.

El emperador Federico I pudo entregar sin escrúpulo á Arnaldo de Brescia á la hoguera papal, pues Arnaldo era profeta, y Barbaroja sólo emperador. Federico II fué sin disputa uno de los hombres más inteligentes de la Edad media, y sin embargo, expidió sangrientos edictos para que la Inquisición procediese con más rigor, porque no dudaba que esta santa institución era conveniente para los fines de aquella época. Los Hohenstaufen habian heredado de las dinastías imperiales anteriores la desgraciada manía de persistir en la trasmisión del imperio romano á los reyes alemanes como un legado que sólo podían rechazar elevándose sobre las ideas de su época; pero esto no estaba en su mano. Tampoco les era dado salirse del círculo de hierro del estado feudal que entonces alcanzaba su completo desarrollo, y de aquí resultaba su inclinación á la nobleza, que por cierto contribuía á su propia desgracia; esta inclinación les inspiraba la idea de acabar de una vez para siempre con la eterna anarquía de los hidalgos, valiéndose para ello de la fuerza de las ciudades que más y más acrecentaban su poderío y bienestar. Y por cierto que la fidelidad de las ciudades hacia el imperio, confirmada por las más rudas pruebas, hubiera podido enseñar á los Hohenstaufen dónde debían buscar su apoyo más seguro; pero los hombres prefieren por desdicha el engaño á la enseñanza, y cuanto más torpe es aquél, tanto más les fascina y les arrastra.

La posesión del sepulcro de Jesús, situado en una de las pedregosas colinas de Jerusalén, habia dado origen á las cruzadas, cuya importancia respecto á la historia de la civilización hemos indicado ya. El primer rey alemán de la casa de los Hohenstaufen, Conrado III, se vió obligado, aunque muy contra su voluntad, á ceder á las ideas de su época, emprendiendo en 1147 una peregrinación á la «Tierra Santa», no sin reconocer, como buen político y hombre práctico, que en su país le quedaban que hacer cosas más importantes. Bernardo de Claraval, el poeta que compuso la letra de la canción titulada *Vanitas mundi*, se valió, según dicen, de su irresistible elocuencia para convertir en cruzado á Hohenstaufen, á pesar de su repugnancia. Es probable que Conrado, al reflexionar sobre la irresistible fuerza que llevaba en sí la manía de las cruzadas, pensara que lo más prudente era ceder. En medio del estrépito y agitación que aquel frenesí produjo, muy propio de la época, pues reconocía por causa las ideas y creencias de los hombres, ocurrió en el imperio alemán un incidente que sin duda muy pocos consideraron como importante, pero que debía tener una trascendencia incalculable para Alemania: nos referimos á la fundación de la Marca de Brandeburgo. El rey Conrado, después de vencer á los güelfos, separó la «Marca septentrional» del ducado de Sajonia, otorgándola bajo el nombre de «Margraviato de Brandeburgo» á Alberto el Oso, hecho que la fábula relaciona con la fundación de Berlín. En el pobre y arenoso suelo de las regiones del Havel y del Spree, arrancadas con harta dificultad á los bárbaros eslavos, debía extenderse y desarrollarse con el tiempo un sembrado que hasta muchos siglos más tarde no daría espigas maduras.

El sobrino y sucesor de Conrado, Federico I Barbaroja, como los italianos le llamaron por

su barba cerrada de un rubio rojizo, volvió á elevar el imperio alemán de la Edad media al apogeo de su poderío. La fábula del encantamiento del gran emperador en el monte Kyffhaeuser y de su resurrección, que más tarde debía efectuarse para renovar la magnificencia del imperio, prueba de un modo conmovedor cuán imperecedero debía ser el recuerdo de este heroico soberano en la memoria de nuestro pueblo, que tanto le admiraba y respetaba. Barbaroja, sin embargo, no creó una obra duradera: verdad es que sometió, juzgó y castigó al gtielfo traidor, Enrique de Sajonia, llamado *el León*, entrando triunfante en la destruida Milán; mas á pesar de esto no dominó la anarquía de los nobles alemanes ni el republicánismo de las ciudades italianas, ni tampoco pudo vencer á los representantes del papa, quienes sostuvieron triunfantes contra el poderoso suabo el absurdo principio de que la dignidad imperial sólo era un beneficio que estaba en manos del papa otorgar ó rehusar, y que lo mismo podía ser un «regalo de gracia» que un «feudo».

Entre los muchos acontecimientos brillantes y ruidosos que se sucedieron durante el imperio de Barbaroja, ocurrió un incidente al parecer insignificante, del que nadie hizo aprecio sino aquellos á quienes más interesaba, y que sin embargo debía tener la mayor importancia para el porvenir de nuestro país. En medio de las fuentes donde tienen su nacimiento el Neckar y el Danubio elévase en la pendiente meridional de los Alpes de Suabia una colina pedregosa, á ménos de una hora de camino de la villa de Hechingen. En la cumbre de esta colina veíase ya en el siglo XI el castillo de Zollern ú Hohenzollern, que aún hoy día existe, y cuyos propietarios pertenecían á las familias nobles de Suabia, siendo Burkardo de Zollern el primero de quien se habló en documentos históricos, en 1061. Un hijo menor de la casa, Conrado de Zollern, ensilló su caballo cierto día del año 1160 en el patio del castillo de su padre, sujetó en la silla su maleta, que por cierto pesaría bien poco, y acompañado hasta el pié de la colina por su llorosa madre abandonó su patria para buscar fortuna, como solían hacer los hijos menores. El jóven aventurero debía ser hombre listo, pues habiéndose presentado en la corte del emperador Federico, elevóse pronto en el servicio de este; tuvo también la suerte de contraer enlace con una rica heredera de la casa de los Vohburgo; y en 1170 Barbaroja le nombró burgrave de Nuremberg. Verdad es, sin embargo, que la historia de este fundador es algo nebulosa y que el crepúsculo que vela los orígenes de los Hohenzollern sólo arroja clara luz con el burgrave Federico III de Zollern en quien ambas ramas de la casa, tanto la primogénita como la menor, veneran á su comun abuelo. La primera permaneció en sus propiedades hereditarias de Suabia, y en el transcurso de los siglos adquirió los principados de Sigmaringen y de Hechingen. La rama menor, ó la francona, emprendió muy pronto una carrera más brillante: el biznieto de Conrado, el burgrave Federico III, introdujo á su generación en el círculo de los príncipes alemanes, consiguiendo en 1273 que se diese á este empleo el carácter de hereditario. Muy pronto se concedieron los más altos honores á la casa, pues aquellos Hohenzollern eran los hombres más propios para coger por los cabellos á la diosa de la fortuna, ó como decían los alemanes de la Edad media, á «Frau Saelde» en su rápido paso, sobre todo en tiempos como los siglos XIV y XV. Señores económicos y prácticos en el comercio del mundo, siempre contaban con dinero, virtud que en todo tiempo ha sido la mayor entre los hombres. La sagacidad, el genio emprendedor, la destreza consumada y los recursos metálicos de que los Hohen-